

KRIMINAL TANGO (FRAGMENTOS)

Álvaro Abós*

NOTA DEL EDITOR

El inspector Juan Muñecas está a cargo de la investigación de un asesinato. En el transcurso de su pesquisa, termina involucrándose peligrosamente con dos mafias: la de la basura y la de los empresarios corruptos de los barrios acomodados de la ciudad de Buenos Aires. La novela confunde y asimila, poco a poco, la supuesta limpieza de aquellos sectores pudientes con el mundo abyecto de la Quema. Es entonces, cuando la basura, desdeñada tanto como útil —en ese sentido, bastante cercana a la imagen popular de la policía—, invade la ciudad y la controla. La riqueza frente a la pobreza ya no constituye una dicotomía, puesto que el negocio de los desechos concluye en «La mierda convertida en oro» y los negociados de las altas esferas sociales devienen en una forma invisible del crimen.

El autor nos ha autorizado a transcribir un fragmento de su novela para ilustrar la visión de marginalidad que propone en su ficción.

DATOS DE LA OBRA

Abós, A. (2010). *Kriminal Tango*. Buenos Aires: Alfaguara. ISBN: 978-987-04-1393-6, pp. 9-20.

La suma de hechos que después se conocería como caso Levinski podía resumirse en pocas palabras: a las 12.45 del lunes 19 de mayo, un tal Claudio Levinski, contador, casado, 42 años, salió de las elegantes oficinas de su estudio, en Arenales 1294, casi esquina Talcahuano. Treinta y cinco minutos después, fue quemado vivo dentro de un ataúd de nogal del Canadá en la Plazoleta Wilson, un lugar desolado cerca de los muelles del puerto de Buenos Aires.

Vista desde el río, Buenos Aires presenta el croquis de un gran fresco urbano, un diorama de impresionante perfil con un inconfundible perfume a Manhattan. Durante la primera mitad del siglo xx se construyeron decenas de edificios altos, y en algunas de las décadas de bonanza que siguieron la ciudad se empinó aún más, de manera que ostenta un buen rimero de rascacielos apiñados contra la ribera del Plata.

* Escritor y abogado argentino nacido en 1941. Acreedor, entre otros premios, del Diploma al Mérito en Biografías por la Fundación Konex (2004). Correo electrónico: abos@fibertel.com.ar

Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 262-265.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Vista desde tierra firme, la zona portuaria pierde su esplendor. La ciudad ganó kilómetros cuadrados al río o, mejor dicho, los perdió. Los rellenos alojaron edificios faraónicos que a veces quedaron a medio construir, y a veces se convirtieron en rascacielos. Entre los gigantes que, enhiestos, parecen dialogar entre ellos, se levantan edificios impersonales y algo rasposos: depósitos, galpones, toldos metálicos que protegen mercaderías encerradas en cubos de madera, bultos apilados que cuando cae la noche se convierten en formas siniestras y no son más que inmensas cajas que contienen, ¿qué?

Ese conjunto heterogéneo conforma una tierra de nadie, cruzada por avenidas que son meras salidas de autopistas. Cualquier escritor que se propusiese describir esa geografía caería sin remedio en el no lugar común: un desolado paraje, iluminado en las noches por las luces heladas del mercurio y cocinada de día por el sol semitropical de Buenos Aires.

Hay, en las doce mil manzanas de la ciudad, lugares más secretos, más excéntricos o más siniestros que este rincón neutro, híbrido, anodino. Pero fue aquí, justamente aquí, que ardió un hombre vivo. Tea, hoguera humana, absurda. Claudio Levinski, contador público nacional, quemado vivo.

El inspector Juan Muñecas trataba de explicarle los hechos al comisario Delio Pérez, a cargo de la División Homicidios de la Federal. Desde el despacho del jefe, sobre la calle Sáenz Peña, en el segundo piso del viejo, inmenso caserón cuadrangular del Departamento de Policía, se escuchaba el ruido de las sirenas. Los carros celulares salían cargados con guardias de Infantería.

«Lunes negro en la ciudad de Buenos Aires», recitaba en sordina la voz enfática de un locutor de algún noticioso desde el aparato de televisión que el comisario Pérez tenía siempre encendido. Toma de rehenes en San Telmo, manifestaciones en Plaza de Mayo, columnas de protesta avanzando por Avenida de Mayo, varias toneladas de drogas decomisadas en Aeroparque...

La consigna del comisario había sido clara y el inspector Muñecas no necesitó que se la repitieran. Brevedad. No era día para joda. ¿Algún día lo era para la policía de una ciudad como ésta?

—¿Qué mierda pasó en Puerto Nuevo, Muñecas? —preguntó el comisario de Delio Pérez.

—Quemaron vivo a un hombre.

—Increíble. ¿Lo quemaron vivo? —indagó el comisario.

—Sí, estaba vivo cuando lo metieron en el ataúd. Tardó de tres a cuatro minutos en morir —precisó Muñecas—. La mitad superior del torso era una pura brasa.

—¿Pudo ser suicidio? ¿Un sacrificio? ¿Un ritual?

—Lo pensé, pero es imposible. Si el propio tipo hubiera encendido el fuego habría quedado algo, un encendedor, un fósforo, una mecha. Y no había nada. Además estaba rociado con nafta. Salvo que hubiera salido de su oficina ya empapado y con un ataúd bajo el brazo, hubiera viajado en taxi veinte minutos atravesando el centro y se hubiera bajado en la Avenida Wilson para meterse en un ataúd e incendiarse. Poco creíble, ¿no?

—¿Entonces? —preguntó el comisario Delio Pérez, quien pareció no apreciar la hipótesis irónica de Muñecas.

—Los llevaron hasta el lugar, lo rociaron con nafta, lo tiraron al asfalto. Ahí mismo encendieron el fuego y ardió...

[...]

Llegó el forense y, tras calzarse los guantes quirúrgicos, rozó con los dedos el asfalto mojado y la ropa de la víctima:

—Lo cocinaron al spiedo. Sienta el olor de la nafta —le dijo al inspector Muñecas.

Julio Sánchez Acha era un hombre atildado y pequeño, con el pelo gris despeinado en una dudosa estratagema para confundir lo desprolijo con lo escaso. Camino con agilidad entre las cintas blanquirrojas que delimitaban el escenario del delito. Era de esos hombres que, tirando a viejo, conservaba cierto incongruente dinamismo de muchacho.

—¿Cómo dijo? —preguntó el doctor Sánchez Acha. Por entonces había en el lugar cerca de veinte personas y la polifonía hacía difícil dialogar.

—Le preguntaba si estaba muerto cuando lo quemaron —repitió Muñecas mientras se tapaba la nariz con el pañuelo.

[...]

Cuando el inspector Juan Muñecas entró al despacho de Levinski en el segundo piso de Arenales 1294 no pudo evitar pensar en su propio escritorio de la superpoblada oficina de la División Homicidios; en la madera barata percutida por los años, por las colillas que la habían marcado como la cara de un rufián, por el roce de las infinitas carpetas que sobre él se habían apoyado.

Afuera la noche avanzaba sobre la ciudad, se deglutía el mundo aquel lunes 19 mayo que embestía con avidez hacia su consumación y su fin. Muñecas y Magro habían ido juntos hasta las oficinas de Levinski, donde reinaba la confusión. La muerte de uno de los socios había causado el efecto de una bomba.

Cuando se quedó solo en el despacho privado de Claudio Levinski, Muñecas se sentó en el mismísimo sillón del contador: cuero auténtico, computadora con pantalla plana cuyo negro absoluto tenía algo de inquietante, un fulgor de pozo que alberga secretos. La pantalla era nueva. Todo era nuevo, como salido de una revista de decoración oficinesca.

Dos esferas de metal bruñido que descansaban en un estuche atraparon la mirada de Muñecas. Las tomó con su mano derecha y las deslizó sobre la palma: eran esas bolas para acariciar, para descargar la ansiedad. ¿Esos objetos fríos eran la síntesis del dueño del lugar, de su ex dueño? Porque ese hombre, Claudio Levinski, ahora estaba muerto. [...]